

El geólogo Robert Stewart en la Serranía del Tabasará, 1957

Por: Stanley Heckadon-Moreno

En febrero de 1957, el geólogo Robert Stewart, Pablo Pinel y José Zarn, exploran la Serranía del Tabasará, Chiriquí oriente, en busca de oro. Corre esta Sierra este por oeste, dividiendo las aguas entre ambos mares. En ella nacen muchos ríos, como el Tabasará, lindero entre Veraguas y Chiriquí. De tiempos remotos habitan estas montañas los guaymí o ngobe. Esta es la segunda entrega del diario inédito de Stewart, de 1991, sobre su viaje hasta las cabeceras del San Felix, río que sale al Pacífico por el Golfo de Chiriquí. Agradezco a Douglas y Gretel Allen facilitarme el diario de Stewart, cuyos estudios sobre la geología y paleontología istmeña son poco conocidos.

En el número anterior de **Epocas** los dejamos en el pueblo de San Felix, tras

aparearse del camión ganadero que los trajo de Panamá. Aquí les aguardaban varios guaymies, sus baquianos y cargadores, con varios caballos. La primera noche llegan a Cerro Mamita, caserío guaimy. Veamos a pinceladas las condiciones de los guaymí entonces.

Los Guaymies de San Felix

En 1950 se realiza el V censo nacional de población y vivienda, primero en detallar la grave situación de los indígenas, datos que salen en 1954. Confrontó este censo menor resistencia que el del 40, pues le precedió una intensa campaña educativa radial que motivó a los caciques. En 1950, Panamá tenía 48,600 indígenas, 6% de su población. Chiriquí contaba con 14,288, un 10% del total. Casi todos eran guaymies, concentrados en las montañas de los distritos de Tolé, San Lorenzo, San Felix y Remedios. Los de San Felix eran 2,088, dispersos en caseríos como Loro, Otoe, Cabuya, Galique, Concón, Jobo, Guaba,

Gallote, Culantro, Culantrito y Virolí. El guaymí se identificaba con su caserío, no con las divisiones políticas oficiales: provincias, distritos y corregimientos. El 60 % desconocía su edad. Solo 30% hablaba español, entre las mujeres sólo 19%. La edad promedio de las madres, 16 años. De cada 100 nacidos vivos, 26 moría antes del primer año. El 90% de las viviendas eran de caña, paja, pencas y piso de tierra. El 95% carecía de agua potable, escusados o luz eléctrica. Solo había trillos sin puentes. Las escuelas eran contadas.

Las 282 fincas indígenas de San Felix, cultivaron 103 hectáreas de arroz, cosechando 1,345 quintales; 179 hectáreas de maíz que dieron 2,952 quintales y 59 hectáreas de frijol que rindieron 619 quintales. Entre estas fincas sumaban 17,4000 matas de plátano y 83,000 de guineo, 426 palos de aguacate, 1,552 de naranja, 14,292 cafetos, 586 de cacao y 3 palmas de coco. Criaban 845 cerdos, 2,932 gallinas, 1,400 reses y 376 caballos. En 22% de los hogares las mujeres tejían hamacas, chácaras, jabas o motetes y sombreros de pita, para la venta.

Ese verano del 57, el sarampión estalla en la Serranía. Alarma que da Roberto de la Guardia, del Colegio Felix Olivares, quien investigaba en la región. Veamos ahora el diario de Stewart.

El cementerio de Cerro Mamita

“No era tarde mas optamos pasar la noche aquí, en el rancho de un indígena que venía con nosotros. Tras cenar bajé la ladera a una planicie con un cementerio indígena, de 900 a 1,000 años de antigüedad. Había visto cementerios indígenas en Panamá, como éste nada. Sus tumbas marcadas con piedras de río, traídas de una quebrada media milla más abajo. En algunas las piedras estaban colocadas como cuadros, en círculos, ovaladas ó rayos de rueda con un cuadrado al centro. Me hubiese gustado cavar una a ver que tenía, mas no me atreví. Pregunté al Indígena si alguien había cavado esas tumbas y dijo no. Me invitó regresar a escavar una. Le dije que otra vez, este viaje era para subir lo más alto del territorio.”

“Pensé que por estar bien adentrados en el país Indígena, podríamos indicarnos las tres quebradas con colores rojo, blanco y verde. Dijeron que allí estaban, mas no sabían dónde. Los Indígenas dijeron que iban a cazar patos a una lagunita en las tierras más altas. Pensé que era cuento pues nunca había oído de

un lago en esta parte de Panamá.”

“Llegamos a un caserío de ranchitos con paredes de palos y techos pajizos. No había nadie. Los Indígenas dijeron que sus habitantes huyeron de una epidemia de sarampión, estableciendo su caserío en un nuevo sitio. No dijeron donde estaba el nuevo caserío, pero que se llamaba Otoi.

El volcán de Chichica

“Seguimos el trillo hacia la división de aguas, hasta Chichica, caserío de cuatro ranchitos. Alcanzamos un área plana con caída leve al sur y un precipicio de 600 pies al sur. Con el caballo llegué al abismo y miré al sureste. Me asombró ver un viejo volcán. Nadie lo sabía en Panamá. Según los Indígenas el lago con patos estaba en el cráter que veíamos al otro lado del hondo valle del río. Ellos no sabían que había sido un volcán.”

“Cruzamos a un valle donde montamos el campamento para un mes. Nada sugería un depósito mineral. Comencé a sospechar lo dicho por José Zarn. Llamé a Serrano, el único panameño que había estado aquí y le pregunté qué pasaba. Dijo que José nunca había visto depósitos minerales. Había hablado con los Indios, pidiéndole muestras de lo que hallasen.”

“Esa tarde un cacique indígena vino al campamento y nos habló. José le pidió traer más muestras. Al día siguiente el cacique, André, regresó y nos enseñó muestras. Parecían interesantes. Le pregunté a Serrano si alguna vez había visto los minerales que los Indígenas hablaban. Serrano dijo ‘no.’”

“Alberto trajo a su familia a ver los panameños y al gringo loco. Noté que el bebé indígena tenía una infección aguda en la cabeza. Traíamos cosas de primeros auxilios, uno unguento de sulfá. Hablé con Alberto y sugerí me dejara ponerle unguento a la cabeza del niño. Habló a la mamá del bebé quien asintió. Limpié la cabeza del niño y le puse sulfá. Di un poco a la madre, indicándole lo untase a la cabeza del niño tres días, a ver si ayudaba. Felizmente la sulfá le funcionó al niño y la familia quedó contenta. Para dolores trajimos un frasco grande de aspirinas. Alberto preguntó si teníamos algo para su dolor de cabeza y le di un par. A un hijo de Alberto le dolía el estómago, le di un par de aspirinas. Inicialmente tuvimos problemas de agua y enviábamos un indígena a buscarla en cubo. Luego, cerca al campamento, cavé un hueco que se llenaba en una hora, agua que usamos todo el tiempo que

acampamos.”

“Al siguiente día quería ver minerales. Nadie sabía dónde estaban. Ello me irritaba. No sabía qué hacer. Tomé un mes de vacaciones para ver minerales y al llegar, no había. Subí un cerro cerca al campamento y me senté a pensar, regresar a Balboa o quedarnos? Y de quedarnos, qué haríamos? Carecíamos de mapas. Sólo teníamos unas fotos aéreas tan chicas que impedían ubicar con certeza dónde estábamos. Traíamos un tránsito de topógrafos, mesa, papel y una escala de ingeniería.”

“Me dije ‘este país es tan bonito que no deseo irme de una vez’. Tomé la situación como desafío. Primero pasé días en la cima de la montaña haciendo un mapa. Clavé la foto aérea a la mesa. Escogí un punto en la foto, indicando donde creía estar, coloqué en el papel un punto correspondiente. Tomé la escala y escogí otro punto en la foto, midiendo en la foto la distancia entre ambos puntos. Multipliqué la distancia por 5, tomé la escala apuntándola al punto que veía en el terreno. Mantuve el mismo rumbo en la foto y el mapa que hacía. Seguí anotando puntos y marcándolos en el mapa. Finalmente ubiqué crestas y valles y conecté los puntos hasta contar con un mapa útil.”

“Lo próximo era partir cada mañana, seguir una quebrada bajándola hasta media día. Luego cruzar a otra quebrada y subirla medio día hasta el campamento. Llevé a Serrano y unos Indígenas. Les describía los tipos de rocas, enseñándoles que hacía un mapa geológico del área.”

La malaquita de Río Chichica

“Comenzamos a ver señas de mineralización. Traté de hallar la veta descrita por el Dr. Terry, sin suerte. En una quebrada había dos cataratas. En otra, un gran depósito de barita [sulfato de bario]. Cerca al campamento hallé otro depósito de barita. Al oeste, detrás del campamento, otra vena de barita con galena [sulfato de plomo]. Comenzaba a ponerse interesante.”

“Un atardecer, de vuelta al campamento, encontré tres asustados jóvenes del US Army. El ejército supo que yo iba a subir a territorio Guaymí y el Army quería saber si por las montañas existía un trillo al Atlántico. Eran de inteligencia militar. Al querer seguimos los indígenas se lo impidieron. Finalmente dijeron a los Indígenas que mi esposa estaba grave y debían darme un mensaje urgente. Por alguna razón, los indígenas le creyeron y los tres soldados pasaron tres días en el trillo buscándome. Al llegar a un caserío, los indígenas les daban la espalda y no les hablaban. Al llegar, dije a los indígenas que todo estaba ok y respondía por ellos. Al otro día, subieron la serranía y dieron con el trillo que cruza la división de aguas. Regresaron, durmieron y al

amanecer partieron en sus caballos hacia San Felix.”

“Una tarde, al anochecer, subí la montaña a ver los entornos. Al otro lado de Río Chichica, en sus altos barrancos, había un gran manchón de malaquita verde [carbonato de cobre]. Me animé pues era el área donde el Dr. Terry dijo había una veta de oro. Al otro día, con Alberto y Serrano, bajamos Río Chichica para intentar subirlo y obtener muestras de la malaquita vista la tarde anterior. No habíamos dado con el depósito pues lo buscábamos en la mañana, cuando la sombra de la selva que cubría las laderas escondía el depósito. Al atardecer, el sol le daba de frente resaltándolo.”

“Costó subir Río Chichica, rápidos empinados, cascadas chicas, seguidas de otras grandes que evitábamos rodeándolas, escalando sus empinados barrancos. Llegamos a una gran catarata, 200 pies de alto, que no podía rodearse. Al pie de la cascada, estaba la veta que buscábamos. Con cuidado escalé la empinada ladera hasta la veta de malaquita y saqué muestras. En su carta el Dr. Terry, hablaba de un trillo fácil que bajaba al pie de la catarata. Lo habíamos buscado sin éxito, pero lo hayamos al fondo de la cascada; era un caminito indígena que llegaba a un guineal cerca a la cascada. Seguimos el trillo, alcanzamos la cima de la montaña. Esa noche retornamos felices al campamento.”

“A otro día tratamos de volver a la cascada por su lado superior. Seguimos una cresta que bajaba al río para llegar a la veta por este rumbo. Al descender por una quebradita, el terreno caía súbito 200 pies por una cascada vertical. Quebrada con señas de mineralización. Seguimos montaña arriba por una cresta hasta bajar de nuevo al gran Río Chichica que seguimos. Para descender traíamos una sogá de 300 pies, pero dimos con otra cascada más alta que las demás. Nuestra sogá apenas llegaba a la mitad. No habiendo forma de salir del pie de la cascada, dejamos la cosa así.”

“Al día siguiente bajamos otra quebrada, siguiéndola por varias cascadas chicas. Luego, el río fluía por un cañón angosto y hondo. Arribamos a otra cascada de 50 pies sin ver cómo alcanzar el fondo. Esta vez no traíamos la sogá. Bajamos por un bejuco guiando de un árbol. Nos metimos en la quebrada siguiendo su angosto cañón cuando súbito desapareció el frente del cerro. Debido a un gran derrumbe la cascada caía 400 pies. No había lianas, así que retornamos por la quebrada hasta la cascada por la que habíamos bajado, sin poder alcanzar la liana. Bajamos de nuevo la quebrada hasta un sitio donde, agarrados a las raíces de los árboles, trepamos el barranco del cañón. Al salir del selvático cañón topamos el pie de Cerro Blanco. Un tapón volcánico de



“La Serranía del Tabasará viendo hacia el sureste. Cerca a este cerro, aledaño al Río San Felix, descubrió Stewart la caldera de un antiguo Volcán. En ella había una laguna donde los guaymies subían a cazar patos. Febrero, 1957.

Foto, R. Stewart. Cortesía, Douglas y Gretel Allen.”

traquita con estructura de columnas. Su parte norte era hermosa e impresionante. Se elevaba verticalmente 500 a 600 pies. Las columnas de rocas eran de siete a diez pies de diámetro. Las trepamos, emprendiendo el largo regreso al campamento. Llegamos tres horas luego de anochecer, todos estaban asustados que algo nos había pasado. Al contarles

dónde estuvimos, los indígenas dijeron que tuvimos suerte de regresar esa noche al campamento.”

En el próximo número de **Epocas** seguiremos a Stewart en su entrada a las nacientes del San Felix donde descubre el gran depósito de cobre de Cerro Colorado.

copicentro

AYER, HOY Y MAÑANA... SIEMPRE A TIEMPO.



Con la calidad, rapidez y servicio, su mejor aliado y la solución de sus impresiones.

SERVICIOS:

Digitalización e impresión de documentos y planos:

- SEPARADORES DE LIBROS
- SUPLEMENTOS
- IMPRESIÓN - OFFSET
- IMPRESIÓN DE VOLANTES
- BROCHURES
- PAPELERÍA EN GENERAL
- ENCUADERNACIONES
- PLASTIFICACIONES
- DISEÑO GRÁFICO
- IMPRESIÓN DE FOLLETOS
- MANUALES
- LIBROS
- CATÁLOGOS
- AFICHES

TELS.: 225-6791 • 227-0418 • 225-9286

Ave. Cuba, Edificio Don TIN, entre el Municipio de Panamá y el Banco General

copicentro@cwpanama.net
www.copicentropanama.com

ARENERA
BALBOA, S.A.

“APORTANDO
MATERIA
PRIMA PARA EL
DESARROLLO
NACIONAL”

San Francisco, Calle 56 – Ramón H. Jurado,
Centro Comercial Plaza Pacífica, Local 17, Piso 1
Teléfonos: 215-3540/41 * Fax: 215-3728